

El alto, sin nada entre las manos, gruñía, se recernía en la silla, se pasaba la mano por la cabeza con desesperación y enseñaba su lengua palpiante.

La gente que había en el comedor, que no era poca, había reparado en el caso, y a más que a media voz compadecía al hombrón famélico.

El posadero, que era hombre de mucho poder y comer, preguntó al fino:

¿Este no va a tomar algo?

—No, —respondió el fino con energía— hasta que no me desquite de cuanto me ha robado el muy gandumbas, no come a mi costa. Cría cuervos que te sacarán los ojos, añadió mirando con indignación a su hombre alto.

—¿Y a cuánto monta la deuda?— le preguntó un arriero ricote y muy hombre de bien que allí había.

El hombre fino cambió una rápida e inteligente mirada con el grande. En los ojos de ambos brilló la avaricia. Dudó un poco el fino y dijo al fin:

—A veinte duros.

Al arriero debió parecerle grande la cantidad porque nada respondió. Se limitó a rascarse una patilla.

La comida siguió. Pero llegó un momento en que el alto tan hambriento parecía, que alargó una mano hacia las tajadas. Y el fino, le dió con el mango de la navaja en los nudillos.

—¿Sabe Vd. lo que le digo? —habló de nuevo el arriero al fino— que yo no puedo ver estas cosas. Uno sabe bien lo que es el hambre. De modo que si Vd. no tiene inconveniente, yo pago la comida de su criado, y desquítese Vd. de la deuda luego, donde no lo veamos cristianos.

El fino, sin decir nada, se encogió de hombros y liando un cigarrillo salió al ejido de la posada.

El gordo comió como los animales entre el regocijo de los huéspedes que insultaban al hombre fino.

Cuando acabó de comer, el arriero le regaló una tagarnina.

Y sigue el guardia:

Al día siguiente, cuando amanecía vimos a los dos hombres camino de Infantes muy en amor y compañía. Iban los dos vestidos de la misma forma. Entre los dos como buenos hermanos, llevaban el zurrón.

Cuando llegamos a su altura —siguió el guardia— paramos los caballos y les pregunté a boca jarro:

—¿A quién le toca hoy pasar hambre?

Me miraron con susto, pero como yó sonreí, sonrieron ellos, —me dijo el guardia.